

bien nutridos y de mejor aspecto que los jóvenes obreros, dijeron que no comprendían cómo los ingleses podían soportar aquel espectáculo, denigrante para ellos.

Es posible que estas ideas, de igualdad absoluta un poco disfraz de la envidia, basten para sentirse contento.

Yo, a pesar de ello, lo dudo.

El socialismo y el comunismo no han dado en la práctica lo que se esperaba de ellos. Ya no tienen aire de aurora, como en el siglo XIX, sino de crepúsculo.

Yo lo creo así, y no porque tenga miedo ni nada que perder con un cambio social. En un régimen socialista me molestarían más las inepticias que se pusieran en circulación que los perjuicios.

Además, me parece ridícula la idea de la excelsitud y de la infalibilidad del Estado. Es una idea ésta muy agradable para los que mandan, sobre todo para los políticos profesores.

Hace poco tiempo estuvo en mi casa un periodista de un periódico ruso, la "Prawda". Dijo las vulgaridades de todos los bolcheviques y aseguró que en Rusia había toda clase de libertades.

—Pero, entonces, ¿se puede discutir y atacar el marxismo?—le pregunté yo.

—No, eso no.

—Pues, entonces, no hay libertad ninguna—le dije—. Esa es la misma libertad que la de los católicos.

La verdadera libertad está en permitir lo que a uno le parece el error; lo demás, es inquisición, bolcheviquismo o fascismo, algo repugnante para un espíritu liberal.

Respecto al anarquismo, es tan utópico como el comunismo; pero tiene la ventaja de no aspirar al Poder, lo que le hace, indudablemente, menos peligroso. Sobre todo ahora que no pone bombas.